Breve historia de los Neandertales

Fernando Diez Martín

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de los Neandertales
Autor: © Fernando Diez Martín
Director de la colección: José Luis Ibáñez Salas

Copyright de la presente edición: © 2011 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-237-3
Fecha de edición: Octubre 2011

Impreso en España
Imprime: Imprenta Fareso
Depósito legal: M-34.884-2011

La mayoría de los universos islas tienen la suficiente semejanza entre sí para permitir la comprensión por inferencia y hasta la empatía o «dentro del sentimiento». Así, recordando nuestras propias aflicciones y humillaciones, podemos condolernos de otros en análogas circunstancias, podemos ponernos en su lugar.

Pero el hombre que regresa por la Puerta en el Muro ya no será nunca el mismo que salió por ella. Será más instruido y menos engreído, estará más contento y menos satisfecho de sí mismo, reconocerá su ignorancia más humildemente, pero, al mismo tiempo, estará mejor equipado para comprender la relación de las palabras con las cosas, del razonamiento sistemático con el insondable misterio que trata, por siempre jamás, vanamente de comprender.

Las puertas de la percepción
Aldous Huxley

Índice

Capítulo 1. Descubrimiento
El valle de *Neander,* o 'del hombre nuevo' 13
Honor para Joachim Neumann 13
¿Un hombre fósil? 17
Diluvios y petrificaciones 20
De Darwin al *Homo neanderthalensis* 27
Creced y multiplicaos 33

Capítulo 2. Orígenes
Del *Homo heidelbergensis* a los neandertales 37
Primeros exploradores 37
El farmacéutico y el señor Rösch 42
El viaje del *Homo heidelbergensis* 46
Una tesis sobre osos 50
Cazadores y nómadas 53
El bifaz y el fósil 59

Capítulo 3. Hogar
El mundo de los neandertales 63
El discurso de Neuchâtel 63
La Edad del Hielo 66
El universo pendular 73
Un paisaje glacial 81
El bosque animado 88

Capítulo 4. Cuerpo
La adaptación neandertal 91
La raza de Canstadt 91
Atletas de fuerza y resistencia 94
Entre la cabeza y el rostro 98
La piel 103
El poder de la adaptación 105
El código genoma 107
Capítulo 5. Ciclos
Las etapas en la vida neandertal 115

Fecundidad y embarazo 115
Nacimiento 119
Infancia, crecimiento y madurez 122
Enfermedad 128
Muerte 132

Capítulo 6. Técnica
Cultura material y comportamiento tecnológico 135
El agente de aduanas 135
Poniendo orden 138
Los artefactos de Le Moustier 143
El poder de la piedra 148
El trabajo de la madera 152
Al calor de la lumbre 155
Viviendas efímeras 158

Capítulo 7. Subsistencia
Los modos de vida 163
Nómadas en la inmensidad 163
Maestros de la caza 168
Carroñeo fortuito 175
Las presas y su tratamiento 177
Recolección y pesca 183

Capítulo 8. Sociedad
Organización, identidad y cohesión grupal 189
Vínculos de sangre 189
¿Paridad entre sexos? 195
Canibalismo 199
Cohesión grupal 204

Capítulo 9. Símbolo
Mente, lenguaje, arte y trascendencia 211
El efecto mariposa 211
En la mente de un neandertal 216
Catedrales en la cabeza 221

El lenguaje 224
Pigmentos, abalorios y grabados 228
Recogiendo fresas 235

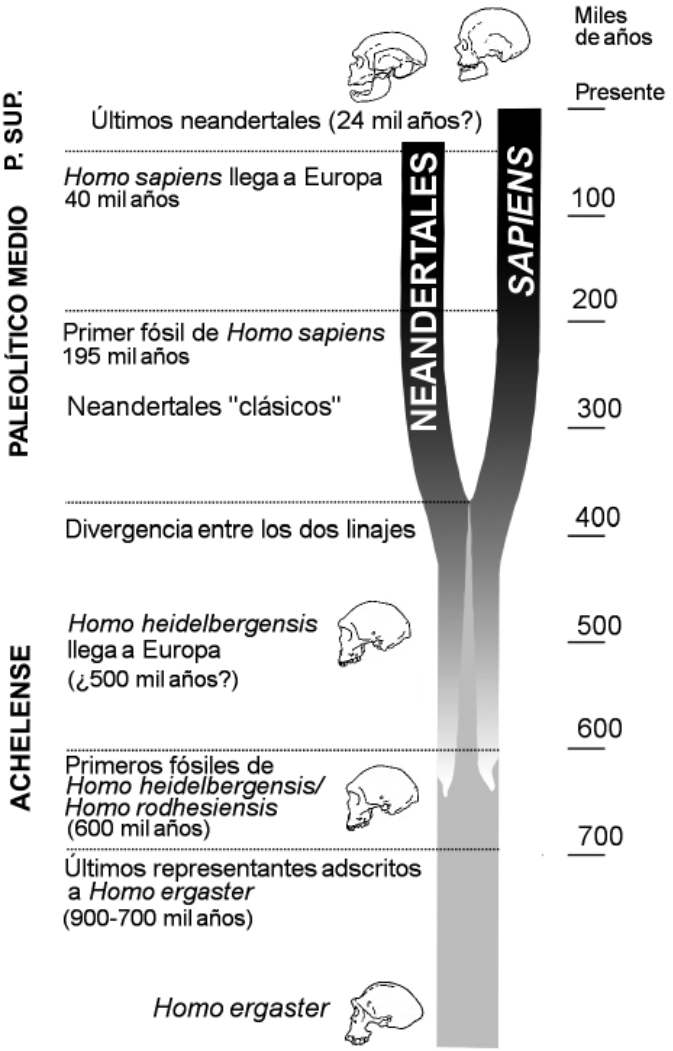
Capítulo 10. Encuentro
El descubrimiento de los «otros» 243
El abrigo de Les Eyzies 243
La diezmilésima abuela 246
El valle de las Cuevas 248
La gran explosión 250
Dos mundos en Europa 256
El niño de Lapedo 263

Capítulo 11. Fin
La extinción de los neandertales 267
El último de entre los nuestros 267
Atrapados en Iberia 270
La caja de los porqués 272

Capítulo 12. Imaginario
Los neandertales en la cultura occidental 283
De Australia al mono feroz 283
Un neandertal no es un gorila 289
El comienzo de la redención 293
Humanidad conquistada 295
Los mundos perdidos 299
Una mirada cinematográfica 313
El noveno arte 318
La batidora del doctor Jekyll y el señor Hyde 322

Epílogo. Neandertales en el paraíso 327

Bibliografía 331


Miles de años
Presente
P. SUP.
PALEOLÍTICO MEDIO
ACHELENSE
Últimos neandertales (24 mil años?)
Homo sapiens llega a Europa 40 mil años
Primer fósil de Homo sapiens 195 mil años
Neandertales "clásicos"
Divergencia entre los dos linajes
Homo heidelbergensis llega a Europa (¿500 mil años?)
Primeros fósiles de Homo heidelbergensis/ Homo rodhesiensis (600 mil años)
Últimos representantes adscritos a Homo ergaster (900-700 mil años)
Homo ergaster
NEANDERTALES
SAPIENS
100
200
300
400
500
600
700

1

Descubrimiento

El valle de *Neander,* o 'del hombre nuevo'

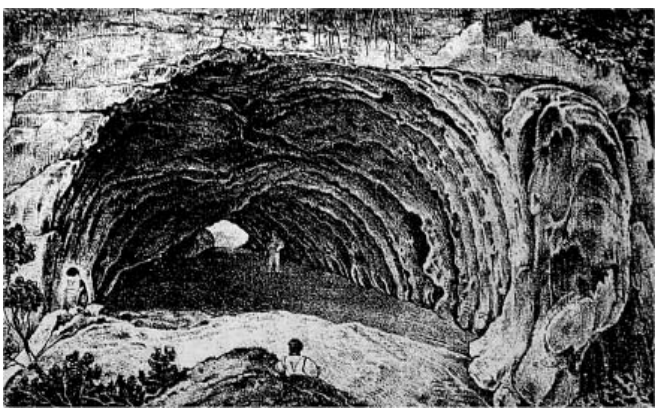
Honor para Joachim Neumann

El año 1856 fue mayúsculo. Y no lo fue sólo para el poderoso Imperio británico, que por entonces libraba batallas en los más dispares rincones del planeta, ni porque el famoso explorador escocés David Livingstone se encontrara inmerso en su segunda y épica expedición africana, aquella en la que «descubrió» las cataratas Victoria, ni tampoco porque el monje austriaco Gregor Mendel iniciara, en su retiro de la Abadía de Santo Tomás de Brünn (en la actual República Checa), sus trascendentales estudios sobre genética. Lo fue, ante todo, porque en esa fecha se produjo un providencial descubrimiento, llamado a constituir el punto de partida de la paleoantropología y uno de los momentos más destacados de la entonces balbuceante ciencia prehistórica. Ese memorable acontecimiento se produjo en un apartado y desconocido valle, muy cerca de la ciudad de Düsseldorf, en Renania del Norte, entonces parte de Prusia (y ahora de Alemania).

Este paraje, donde el río Düssel circula encajado entre profundos farallones rocosos y frondosos bosques, fue bautizado a comienzos del siglo xix con el nombre de un ilustre paisano que gustaba de visitarlo a menudo: el organista, compositor, poeta y maestro Joachim Neumann (1650-1680). Neumann, doscientos años antes de que recibiera semejante honor, había cambiado su común apellido germánico (que en castellano quiere decir curiosamente 'hombre nuevo') por su traducción literal al griego. A todas luces, *Neander* era una forma que, en opinión de las gentes del siglo xvii, resultaba mucho más sonora, refinada y original. En alemán, el valle del célebre compositor Neander se escribe Neander-tal (*tal* o *thal*, siguiendo la grafía antigua, significa 'valle' en la lengua de Goethe). A mediados del siglo xix el bucólico valle de Neander se había convertido ya en una gran cantera destinada a la extracción de caliza. La imparable necesidad de roca para la actividad constructora local había llevado a la destrucción, no sólo de los afloramientos rocosos, sino de muchas de las abundantes cuevas que se habían formado en su interior.

Un día de agosto de 1856 los trabajadores de la cantera se encontraban desmantelando una de las pocas grutas intactas que aún quedaban en el valle, la pequeña cueva de Feldhofer, cuya entrada «suficientemente alta como para permitir que un hombre se mantuviera de pie» estaba colgada a unos veinte metros de altura, en un picacho rocoso que caía casi a plomo hacia el río, y sólo era accesible desde lo alto del roquedo. Mientras los hombres, tal y como era habitual antes de comenzar a picar la piedra, limpiaban el depósito de arcilla que rellenaba parte de la cavidad, un puñado de huesos (dieciséis en total) se hicieron visibles entre los fragmentos de tierra y

caliza: una bóveda (o calota) craneal, huesos de la pierna, del brazo, de la espalda, de la pelvis y varios fragmentos de costillas. ¿Los restos de un oso de las cavernas? Quizás, o puede que un hombre enterrado hace tiempo, discurrían aquellos rudos obreros. Era posible que esos huesos hubieran formado parte algún día de un esqueleto completo, destruido ahora por la acción del pico y la pala. En todo caso, fueron lo suficientemente afortunados como para ser reconocidos y recogidos por aquellos hombres que, ignorantes de la importancia del hallazgo y de la trascendencia del momento, tuvieron la feliz idea de avisar a Herr von Beckershoff, el propietario de la cantera, que se encontraba en el lugar y dio orden de que se recogieran.



La cueva de Feldhofer en 1835. La pequeña cueva «suficientemente alta como para permitir que un hombre se mantuviera de pie», tal y como describiría Fulhrott, tenía unas dimensiones de unos tres metros de ancho por cinco de largo y menos de tres de alto. La boca original era muy angosta, de menos de un metro de anchura.

Nuevas excavaciones en el valle de Neander (1997-2000)

En 1997, y gracias una detallada búsqueda entre archivos y viejos documentos, los arqueólogos alemanes Ralf Schmitz y Jürgen Thissen identificaron el lugar en el que se habían depositado los sedimentos procedentes del desmantelamiento de la cueva de Feldhofer en 1856. La excavación de aquellos depósitos ha permitido recuperar restos arqueológicos que habían pasado inadvertidos a los ojos de los obreros que trabajaron en la cueva: abundantes artefactos de piedra, fósiles de animales y más de sesenta huesos humanos pertenecientes, al menos, a tres individuos diferentes. Muchos de estos restos humanos muestran rasgos neandertales y se han podido utilizar muestras para llevar a cabo estudios genéticos. La confirmación de que estos fósiles proceden del mismo lugar que los descubiertos en el siglo xix vino de la mano de un pequeño fragmento que encajaba perfectamente con un hueso de la rodilla de la colección antigua. Además, otros dos fragmentos más han acabado remontando con la calota craneal. La industria lítica puede adscribirse a dos etapas distintas: una relacionada con los neandertales y otra, posterior, producida por los primeros *Homo sapiens* que habitaron Europa. Esto hace suponer que la cueva estuvo habitada por las dos especies, aunque en momentos distintos. Los restos de fauna muestran marcas de corte propias del descarnado con filos cortantes y la datación por el método del carbono 14 de los fragmentos óseos ha arrojado una cronología en torno a los cuarenta mil años, que se corresponde con los últimos momentos de la existencia neandertal y los inicios de la incursión *sapiens* en nuestro continente.

¿Un hombre fósil?

Johann Carl Fuhlrott era por entonces profesor en la escuela de la cercana villa de Elberfeld y también fue el primer hombre de ciencias que, gracias a la amabilidad de Herr Beckershoff, tuvo la fortuna de examinar aquellos restos. Sin duda pertenecían a un humano, se decía insistentemente el maestro, pero había algo en ellos que resultaba sorprendente, algo que los hacía desconocidos y excepcionales: la calota mostraba unas protuberancias óseas por encima de la cavidad ocular excesivamente pronunciadas y, por si eso no fuera suficiente, tenía una extraña frente, demasiado corta, y los huesos de brazos y piernas eran más curvados y gruesos de lo normal, tanto que era comprensible que hubieran sido confundidos por los trabajadores con los de un oso cavernario. ¿A qué extraño desconocido pertenecían aquellos huesos? Azuzado por la intriga, Fuhlrott se dirigió apresuradamente al lugar del hallazgo para comprobar, con escasa fortuna, que los obreros ya habían vaciado la cavidad y no habían dado cuenta de un solo resto humano más. Sin embargo, una vez allí, pudo saber que aquellos huesos habían estado enterrados bajo, al menos, metro y medio de arcillas. Más aún, un detallado examen le permitió darse cuenta de que su superficie estaba cubierta por una delgada capa de carbonato cálcico, una curiosa mineralización que también presentaban los ya populares fósiles de osos de las cavernas ¿Qué quería decir todo aquello? ¿Quién era aquel misterioso individuo enterrado en la pequeña cueva del valle de Neander? ¿Se encontraba el desconcertado maestro ante los restos de un hombre prehistórico, contemporáneo de los huesos de los animales extinguidos que se conocían por toda Europa? «El hombre fósil no existe», sentenciaba con rotundidad la ciencia oficial del momento. Sin

embargo, hacia 1856 esta afirmación comenzaba a desquebrajarse, al tiempo que el espinoso debate sobre la antigüedad del ser humano tomaba cada vez mayor impulso. Por todo el continente surgían evidencias que parecían confirmar que los humanos habían habitado nuestro planeta en un remoto pasado y Fuhlrott estaba decidido a que un experto diera su veredicto sobre aquel asunto.

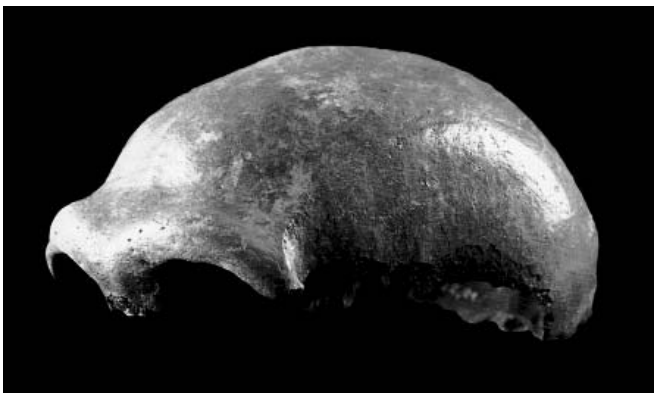
Nadie mejor para ello, pensó Fuhlrott, que Hermann Schaaffhausen, prestigioso profesor de anatomía en la Universidad de Bonn. Y la elección parecía propicia. Tres años antes, en 1853, Schaaffhausen había publicado una obra titulada *Sobre la constancia y transformación de las especies*, en la que se había opuesto a las ideas de los creacionistas al sostener que «la inmutabilidad de las especies no está comprobada». Además, Schaaffhausen defendía en aquel trabajo un elemental razonamiento evolucionista cuando afirmaba que «las plantas vivas no están separadas de las extintas por nuevas creaciones, sino que deben ser vistas como sus descendientes, a través de la reproducción continua». El profesor Schaaffhausen estudió con detalle aquellos restos venidos del valle de Neander y, al año siguiente, dictó sentencia en una reunión científica de la Sociedad de Medicina e Historia Natural del Bajo Rin, celebrada en Bonn, el 4 de febrero de 1857. El meticuloso estudio del experimentado anatomista confirmó los extraños rasgos ya advertidos por Fuhlrott: el prominente arco óseo por encima de los ojos, la frente huidiza, la espectacular robustez de los huesos y su extraña morfología. Se trataba, sin duda alguna, de un hombre. Además, aseguraba el profesor, esas insólitas características no podían deberse a enfermedad degenerativa alguna. Schaaffhausen no conocía la existencia de ninguna publicación en la que se

citaran semejantes rasgos anatómicos en un humano. Esta desconcertante ausencia de registros, junto a la evidente antigüedad de los restos, le hizo concluir que el individuo hallado en la cueva de Feldhofer debía pertenecer a una «raza bárbara y salvaje, derivada de una de las salvajes razas del noroeste de Europa a las que se referían los cronistas latinos y situada en un período en el que los últimos animales del Diluvio aún existían».



Johann Carl Fuhlrott (1803-1877). Este maestro de Ciencias Naturales en la cercana villa de Elberfeld cuando los hallazgos del valle de Neander tuvieron lugar fue la primera persona en estudiar aquellos restos.

Teniendo en cuenta las avanzadas ideas de Schaffhausen sobre la evolución, estas conclusiones pueden parecer decepcionantes. Quizás el profesor de Bonn había dicho ya demasiado para una sociedad que, todavía en su mayor parte, confiaba en las ideas bíblicas sobre la creación del mundo y no se planteaba un pasado prehistórico para la humanidad ¿Decepcionaron aquellas palabras al propio Fulhrott? Es posible. En 1859 el maestro de Elberfeld, modesto y premonitorio, escribía: «Este descubrimiento abre nuevas vías en campos tan distintos, y de tanta importancia, que me contentaré con no exponer mis propias convicciones y con dejar que los tiempos venideros ofrezcan su juicio definitivo sobre la existencia de los hombres fósiles».



El cráneo de la discordia. La bóveda o calota craneal descubierta en la cueva del Feldhofer presentaba unos extraños rasgos, desconocidos en la humanidad viviente.

Diluvios y petrificaciones

¿Con qué ambiente intelectual se topó el casual hallazgo de Neandertal? ¿Qué se estaba pensando entonces sobre el lugar que ocupa la humanidad en la naturaleza y sobre su antigüedad? A comienzos del siglo xix, la mayor parte de eruditos estaba de acuerdo en que la vida había surgido en nuestro planeta de forma espontánea, por gracia divina. Desde ese punto de partida común, la única teoría de corte evolucionista existente era la defendida por el biólogo francés Jean-Baptiste Lamarck. Su modelo científico, conocido como «transformismo», defendía que las particulares exigencias del medio ambiente eran responsables de la transformación de las especies en formas cada vez más evolucionadas. Lamarck aplicó también esta idea al caso de los humanos y llegó a